

tranjera tierras españolas... ¿Te atreves á negarlo?... Vendiste á tu patria, no por dinero, sino por obedecer á los que querían la paz aunque ésta fuera bochornosa. Y ahora, el que fácilmente y sin lucha permitió la conquista de una parte de España, ahora también con maniobra fácil á mí me conquista la mujer... Esto es indigno. Contra tí protestarán el cielo y la tierra, y maldito de Dios, y maldito de los hombres, no tendrás en tu vida ni un instante de paz... Y nada más tengo que decirte. Yo criminal, creo deshonrarme hablando contigo..”

Como en aquel instante iniciara la Madre un movimiento para seguir cuesta arriba, los guardias les dieron el alto. “¡Quietos!—gritó el del feo rostro.—Quietos, ó disparamos. *Güela*, ten el juicio que á ese loco le falta. Bajados lo mando por tercera y última vez..” No hicieron caso el hijo ni la Madre. Los guardias no podían eludir el cumplimiento de su deber... Los mortíferos fusiles subieron á la altura de los ojos. ¡Brrrum! Dos, tres disparos rasgaron el aire con formidable estampido. La vieja y el caballero se desplomaron... Su caída en tierra fué súbita y blanda, como la de dos cuerpos colgados del cielo por invisibles hilos... que las balas rompieron.

## XXIV

Allá van los peregrinos, de tierra en tierra, de río en río.

Consumado el acto de policía impuesto por duro reglamento, advirtieron los guardias en su compañero Regino palidez tan intensa, que más parecía muerto que matador. Demudado de rostro y oprimido el pecho por indecible congoja, difícilmente podía tenerse en pie; y mientras sus camaradas subían á cerciorarse de la muerte de los fugitivos, se sentó junto á la inerte y fenecida humanidad del buen don Quiboro. O se avergonzaba de la flaqueza de su ánimo, ó en su mente se agolparon, con violencia congestiva, ideas suscitadas por las terribles imprecaciones de Gil poco antes de caer fusilado. Volvieron del reconocimiento los guardias, y Regino les interrogó sacando débiles voces de su angustiado pecho. “El mozo está más muerto que mi abuelo—dijo el fosco.—Cabeza y corazón tiene, al parecer, pasados de parte á parte. En la vieja no hemos visto heridas; pero está tiesa y sin respiración. Si no la tocaron las balas, muerta está del susto..”

Suspiró Regino. Ocupáronse los cuatro sin demora en apreciar la situación poco airosa de la conducta. Fugados también los leñadores furtivos, sólo quedaba en cuerda el gran Be-

cerro, que ni podía escapar, ni aunque pudiera lo intentaría, sometiéndose de buen talante al fuero de policía, por dictado inapelable de su honrada conciencia. "Señores guardias—les dijo,—aquí me tienen á su disposición para cuanto gusten mandarme. Mis consortes de cuerda huyeron validos del descuido y confusión que se produjo por la muerte de este olvidado patricio, que de Dios goce. Yo no huyo, y aunque voy preso tan sólo por la delincuencia levísima de haberme apropiado dos cebollas, movido del hambre furiosa, respeto las leyes y voy á donde quieran llevarme, que por malo que sea el lugar de mi destino, siempre será mejor que la nada del desamparo en que me veo. Atenme si quieren; mas yo aseguro á los dignos caballeros de la Santa Hermandad que no será preciso, pues no he de hacer nada por la Libertad, que ésta, ¡vive Dios! ha de dar paso á su hermana mayor la Justicia.."

Aunque los de la Benemérita fiaban en la sumisión del esmirriado Becerro, no quisieron perderle de vista, y colocándole sentadito junto al cadáver de don Quiboro, á guisa de guardián ó asistente religioso para encomendarle el alma, procedieron á la ejecución de lo que el reglamento en aquel singular caso les imponía. En espera del primer transeunte que les ofreciese la casualidad, redactaron el parte que habían de dirigir al Juzgado municipal del pueblo más cercano, para que viniese á recoger los tres muertos de aquella infeliz jornada. Acertó á pasar el primero un mocetón con dos borricos cargados de tejas; se le detuvo, y encargado fué de llevar el mensaje. Inmediata-

mente comenzaron á extender el atestado que habían de formar, y de la redacción de éste, así como del parte, se encargó Regino, auxiliar de una de las parejas, y el más suelto de letra y estilo para trabajos de oficina. Sacó el guardia papel, tintero y pluma, que á prevención llevan todos en su cartera cuando van en conducciones, y haciendo mesa de su rodilla, escribió cuanto era menester para cumplir el trámite ineludible. "En el kilómetro tal y tal, el detenido tal y tal sufrió un accidente; se le prestaron los auxilios tales y cuales... quedando, al parecer, difunto... Y en la confusión que sobrevino, los detenidos tales y cuales se escaparon por un terreno en que era imposible perseguirlos; y otra pareja de presos, joven él y anciana ella, conocidos por tal y cual... intentaron la fuga, siendo acometidos por accidentes de que les sobrevino muerte natural, etcétera, etcétera..."

Un buen rato invirtieron en esto los buenos guardias, y en tanto, transeuntes diversos se detenían movidos de lástima y curiosidad en el lugar de la tragedia, llegando á formarse un atasco de gente que obligó á los civiles á ordenar el despejo. "Ea, paisanos: sigan su camino, que aquí no se les ha perdido nada. Ya hemos dado el parte, y esperamos que venga el Juzgado municipal, con la tardanza de tres leguas largas que suponen el aviso para ir y el juez para venir. Hagan el favor de retirarse cada cual por donde le llaman sus obligaciones, que aquí no nos hace falta público... Adelante ó atrás todo el mundo." Unió á estas exhortaciones la suya muy autorizada el gran

Becerro, diciendo á los mirones: "Obedezcan á los señores guardias, y despejen. Este que aquí veis, anciano difunto, es un venerable profesor de las escuelas del Reino... vida cansada, heroica... Ha muerto andando... Por lo que á mí toca, si entre ustedes hay alguno de los que llaman *reporter*, y me pide informes personales para su periódico, diréle que voy preso por haber cogido dos cebollas con el fin de alimentarme, pues no llevaba conmigo más que un poco de pan seco. Pensaba yo que los frutos de la tierra han sido dados á la Humanidad para su sustento... Y sepan asimismo que me ví en tan cruel necesidad porque unas meretrices desenvueltas y unos mancebos desvergonzados me aliviaron de mi dinero... Y nada más tengo que decirles... Señores, buenas tardes... Adiós... Gracias."

Las tres leguas largas del aviso que va y del Juzgado que viene, se alargaron por la natural pereza de estas diligencias de la policía de caminos, y se pasó la tarde y vino la noche en la propia situación descrita. También los dos cuerpos tendidos en la parte de monte, más arriba de la trinchera, tuvieron su poco de público, homenaje de la curiosidad compasiva. Los mirones pegajosos dejaron caer sobre las víctimas de aquella tragedia la opinión concluyente de que el mozo y la vieja, el uno ensangrentado, la otra seca y rígida, estaban ya poco menos que putrefactos. Se les debía dar tierra en el propio suelo donde yacían. Ocioso es decir que los guardias ahuyentaron el enjambre fisgón, que en cien caseríos á la redonda había de esparcir el zumbido de opiniones

diversas acerca de la justicia en despoblado.

Como se ha dicho, declinó el día con pereza tristeza sobre los vivos y muertos que en aquel punto esperaban la llegada de un funcionario judicial, y al día sustituyó la noche en la guardia ó centinela de lo muerto y lo vivo, apoderándose de todo con dulce tutela melancólica. Ya pestañeaban en el cielo, queriendo lanzar su brillo, las tímidas estrellas de Casiopea; ya el grupito gracioso de las Pléyades subía tras de Perseo y delante del Toro, de ardiente mirar, cuando la vieja, estrella terrestre, á quien unos llamaban *Madre*, otros *doña María*, y los menos avisados *doña Sancha* ó *doña Berengueta*, empezó á pestañear también como las del cielo, queriendo esparcir su soberano brillo sobre el mundo... Dicen historias fidedignas que se incorporó sin desesperarse, y algún cronista consigna el despezo como dato preciso. Sin dar importancia á este detalle, el narrador afirma que la Madre tocó el cuerpo exánime de su encantado hijo, diciéndole: "Gil, ¿estás muerto?," Y añade que el caballero Tarsis, sin moverse, respondió: "En verdad no sé si soy difunto... ó si de mi defunción quiere salir una nueva vida. Te aseguro que roto mi cráneo como una hucha de barro, las monedas, digo, los sesos salieron á tomar el aire... Pero á mi parecer, han vuelto á meterse en su casa ó madriguera, y la herida me duele tan poco, que si me pasaras por ella tu dedo mojado en tu saliva, creo que no me dolería nada.

—Sí haré — dijo la Madre, aplicándole la medicina por él propuesta. — Abre los ojos, si

ya no los tienes abiertos... ¿Ves? ¿Me ves á mí y á estos matojos que nos rodean?

—No he cerrado los ojos desde que nos fusilaron, y aguantándome inmóvil he visto á la gente novelera que vino á cantarnos el funeral de su lástima, diciendo que estábamos ya en descomposición. Yo me lo creí, y hasta llegué á sentir las cosquillas que me hacían los gusanos corriendo por toda mi carne, y dedicándose á comerme sin ningún respeto.

—¿Podrías tú ponerte en pie? Pruébalo.

—Pues sí que puedo—respondió Gil, moviendo piernas y brazos para tomar la postura de cuatropea.—Lo que temo es que si me levanto, nos vean los guardias.

—No te ven. ¿Has notado que cae sobre este suelo, en gran espacio, una densa obscuridad?

—Lo he notado... Nada se ve fuera de un radio de tres varas... Sí: veo unas luces que vienen por arriba, como hachas encendidas que oscilan y tiemblan al paso de las personas que las llevan.

—Son hachones, sí—dijo la Madre;—son los cirios de los frailes Recoletos que vienen á sepultarme á mí... y á tí, como es consiguiente. No hagas caso de esto, y dejemos que nos entierren...

—¿Vivos?

—No, hijo... Ellos nos entierran y nosotros nos vamos.

—¿Cómo he de entender tal dislate, si no me concedes siquiera un destello de tu ciencia divina?

—No discutas, no caviles, no ahondes en el vago misterio, sobre el cual yo misma no po-

dría darte razones que lo aclaren. Cógete á esta falda mía, toda fango y desgarrones, y ven, ven...

—¿No temes que nos vean los guardias y nos fusilen otra vez?

—No se fijan en nosotros. Desde aquí los veo descuidados de los muertos, y atentos á si viene ó no viene el juez municipal á sacarles de este atolladero?

—¿Y el gran Becerro qué hace?

—Allí le tienes sentadito á la cabecera del buen don Quiboro. Primero entretuvo á los guardias contándoles el paso del Cid con toda su hueste por estos lugares, para ir á la conquista de Valencia... Después, metiéndose en la geografía arcáica, les dijo que no lejos de aquí tuvieron los celtíberos su celebrada *Confluente*... y otras ciudades... En verdad, no sé si Becerro está en lo firme: con los años y el tráfigo del vivir presente, se me van olvidando estas cosas.

—Yo, por más que digas, temo á los guardias. ¿Estamos donde caímos muertos, ó nos hemos alejado un poquito?

—¿No te haces cargo de lo que has andado conmigo agarradito á los pingajos de mi falda? Entre nosotros y el lugar de la tragedia he puesto ya un espacio de más de doce kilómetros. No te diré dónde estamos, porque no lo sé fijamente ni me importa. Te llevo por la margen derecha de mi risueño Henares, y si no te cansas, no hemos de parar hasta la docta ciudad donde nació el Príncipe, por no decir el Rey, de mis ingenios..

Aseguró Tarsis que en mil años no se cansa-

ría. Era feliz junto á ella, y aún lo sería más cuando pudiera olvidar las angustiosas escenas de Pitarque, la triste conducción por carretera con el doloroso paso de la muerte de don Alquiaborontifosio y el imborrable espanto del fusilamiento. Exhortóla la Madre á ir expulsando de su cerebro aquellas patéticas emociones hasta que no quedara rastro de ellas. "Por mi parte—añadió,—siempre que salgo de apreturas como la de esta tarde, me doy buena maña para velarlas y desvanecerlas con el benéfico olvido. Si así no fuera, viviríamos en un puro dolor. Debo decirte que, aunque la cuenta de mis años no cae dentro del fuero de la aritmética y de la cronología, no he llegado á persuadirme de mi inmortalidad, no puedo ponerla entre las cosas incontrovertibles y dogmáticas. Las indecibles tonterías y despropósitos de mis hijos me han precipitado á la desesperación, y en las negruras de ésta he visto segura, inevitable, mi muerte... Luego, en crisis terribles que parecían entrañar mi acabamiento, heme levantado viva cuando ya me llevaban del lecho mortuorio al sepulcro.

—Eres inmortal—replicó Gil con vehemencia,—porque no eres una vida, sino millones de vidas; no eres sólo un lenguaje, sino remiliones de lenguas que espiritualmente te vivifican.

—Así sea—dijo ella sonriente;—pero por mi fe, yo temo la extinción de la vida, mayormente cuando sufro reveses como los que acabo de pasar, y cuyos efectos en mí son vejez, enfermedades y hondo desaliento. En la barbarie de

esta tarde, que fué la tensión máxima del infortunio motivado por mis malos hijos, sentí el horror de la muerte. Cuando los guardias me apuntaron, dije para mí: "Esto se acabó. Ya no me vale mi poder invisible...". Luego, ¡loado sea Dios! este don de milagros, que otros llaman magia, y que siempre usé con discreción y prudencia, me resultó eficaz, tanto para mí como para tí... Del trance salimos con vida... Casi, casi me decido á creer en mi inmortalidad... ó al menos, por algún tiempo podré seguir afianzada en esta idea robusta, como una estatua en su pedestal. Adelante, pues, y hasta otra... hasta que tus hermanos me traigan un nuevo conflicto de los que llamáis de vida ó muerte... De éste salí. ¿Saldré de los de mañana?... Tengo la suerte... y ello es una virtud más que me ha dado Dios... de no perder mis bríos en las mayores adversidades. Cuando las padezco, lloro y me desespero; pero en cuanto pasa el sofoco y me encuentro con vida, poco tardo en volver á mi normal tranquilidad, y á sentirme alentada por la esperanza... Entiendo que no soy yo, sino la raza que llevo en mí, la que tan rápidamente se cura del torozón de sus desdichas. Así somos, así nos hizo Dios, *Asur*, *hijo del Victorioso*. Caemos y nos levantamos tan arrogantes como estuvimos antes de caer, y con limpiarnos el rostro de algunas lágrimas y sacudir los miembros, y abrir plenamente nuestros ojos á la luz del sol, ya estamos de nuevo en todo el esplendor y frescura de nuestro optimismo, que podrá tener, como dicen algunos filósofos regañones, su poquito de ridiculez, pero que es, créeme á mí, el único

ritmo, pulsación ó compás que nos queda para seguir viviendo.

—Pues tú así lo piensas—dijo el caballero con efusiva convicción,—yo hago mío tu pensamiento, yo quiero ser el eco de tu voz. Vendrán ó no los días gloriosos; pero hemos de esperarlos, y orientar hacia ellos nuestras almas. Advierto, Madre querida, que ya no eres vieja-vieja, como te ví en Pitarque. Tu rostro no se ha desarrugado; pero tu agilidad y tu mayor corpulencia dicen que te restablecerás pronto al sér majestuoso en que te conocí.

—Así será: no tardaré, hijo mío, en vestir mi esqueleto de carnes hermosas, y en aderezar mi prestancia personal conforme al decoro que por antigüedad me corresponde.,

Decía esto la buena Madre esparciéndose donosamente en la verde frescura de un prado, desligada del hijo, voltijeando sola en derredor de él con cierto retozo juvenil, y movimientos de danza pausada y decente. Sus pies descalzos hollaban la hierba húmeda; elevaba sus brazos en doble curva graciosa, hasta formar un nimbo en torno de su cabeza. Su harapienta ropa se despegaba del cuerpo enjuto, queriendo ahuecarse y plegarse con formas y líneas escultóricas. Mirábala Gil asombrado, y ella puso fin á la gallarda pantomima llegando á él y señalándole un débil resplandor lejano.

“Aquellas luces esparcidas—le dijo,—son la claridad nocturna de un pueblo mío muy querido, Alcalá de Henares, por tantos títulos famoso en mis estados. No entremos en la ciudad que ilustraron Cervantes, Cisneros y

mi salado Arcipreste. Dame la mano y vamos más allá... Leguas, quedaos atrás... tierras mías, dad paso á vuestra Señora... A prisa, Gil; á prisa, que es tarde... Hemos llegado á donde se aparecen más débiles lucecitas... San Fernando es éste... Adiós, manso Henares, que entregas tu nombre y tus aguas á mi buen Jarama... Adiós, Mejorada; adiós, Loeches, tumba del Conde-Duque... Jarama, contigo vamos hasta dar con tu hermano Tajuña, ambos tributarios del padre Tajo, en cuyas aguas quiero dejar mi fingida vejez y los andrajos que visto.,

Siguieron en veloz curso, semejante al correr planetario. En cortos paréntesis de su gozo, Gil volvía su mente á las escenas y figuras que había dejado atrás. Repitió su lamentar del triste fin de don Alquiborontifosio, y expresó sus temores de la suerte que depararía el Destino al pobrísimo y desamparado Becerro. “No temas—dijo la excelsa Madre:—yo le echaré una mano; yo cuidaré de que cese el martirio de ese fantasma de los tiempos pretéritos. Su vida toma jugo de la pura erudición. Vivirá mientras aliente el interés cada día más débil que inspira el códice pergaminoso... Todo esto se acaba... En la existencia futura, el alma de Becerro no tendrá más realidad que la de una esencia contenida en redoma lacrada... Yo miro con atención materna esa pobre ruína hasta que llegue á su extinción polvorienta.,

Luego siguió así: “El delito por que le llevan preso es la más tremenda ironía de los infelices tiempos que corren. Cogió dos cebollas en el predio perteneciente á uno de los más

desaforados Gaitones que oprimen la comarca. El que le apaleó era un bárbaro jayán. El dueño de aquella tierra y de otras colindantes, formando un inmenso estado agrícola que llaman *latifundio*, apenas paga por contribución una décima de lo que le corresponde. Es burlador del Fisco, y por esto y por otros delitos de falsificación de actas, de encubrimiento de criminales, atropellos de ciudadanos y arbitrariedad en el reparto de consumos, debiera estar en presidio. ¡Y el pobre Becerro, por sólo apropiarse dos cebollas, es conducido al Juzgado entre los fusiles de la Benemérita!... Esto es horrible, ¿verdad? Y más horrible que no pueda yo evitarlo. ¿Te asombras, hijo, de que teniendo tu Madre un poquito de virtud sobrenatural, sazónada... así lo quiere Dios... con unas gotas de humorismo, sepa trastornar de vez en cuando las leyes de la Naturaleza, y no acierte á corregir ó atenuar siquiera la condición aviesa de los hombres?„

No supo Gil qué contestar, y viéndole en tales dudas, la dama cambió el giro de su palabra: “No nos entretengamos parlotando y avancemos por estas fértiles llanadas, pisando apenas el follaje muerto de las plantas que dieron ya los dulces frutos de primavera y estío... Ya veo brillar tus aguas, Tajuña; ya te acercas al punto en que las confundirás con las de tu hermano Jarama... Sigamos, hijo... No tardaremos en hallar la florida vega de mi Aranjuez querido, oasis de este reino, á donde afluyen aguas mil fecundantes.„

En un lapso de tiempo cuya brevedad no pudo apreciar el caballero, pasó con la Madre

bajo los inmensos plátanos y negrillos ya desnudos de sus hojas. Eran como bóvedas de alambre, por cuyo enrejado el cielo dejaba ver la inmensidad de sus estrellas. Los pies de ambos caminantes rozaban el suelo cubierto de hojas caídas, que al veloz paso crujían y revoloteaban con manso ruidillo. A la izquierda dejaron la mole del palacio, las luces del pueblo, las fuentes aparatosas, calladas; y al cabo de un raudo caminar por solitarias alamedas y terrenos blandos, cuyos surcos formaban pautas interminables, llegaron al lomo de una ribera que, como dique, encauzaba la corriente del dorado Tajo. Impresionó á Gil el rumor de las aguas que descendían bufando en oleaje hirviente, juntos ya los caudales de Tajo y Jarama. La Madre se detuvo en el lomo del dique, y extendiendo sus brazos hacia el río, con elocuente ademán de mujer apasionada que se arroja en brazos de su amante dijo así: “Al fin llego á tí, mi Tajo potente, mi Tajo impetuoso y varonil... En tí me limpio de esta pegadiza roña de mi vejez; en tí recobro mi hermosura y majestad.„ Y ordenando al caballero con breve mandato que la siguiese sin miedo al refuelle de las ondas turbulentas, en ellas se arrojó de cabeza, vestida, como ansiosa nereida que se introduce en el lecho de su amado.

## XXV

Cuéntase lo que le pasó al caballero en la redoma de peces, con otros raros sucesos y visiones.

Con arranque de obediente fe se arrojó el caballero tras de la Madre, y nadó un rato, luchando con la corriente... La distancia entre ambos nadadores se alargó al poco rato. La Madre ondeaba gallardamente sobre las aguas, metiéndose y sacándose con airosos meneos de pez ó de sirena... De pronto, Gil fué acometido de terror... La corriente le envolvía; perdió la serenidad. Viendo á la Madre vencedora de las inquietas aguas, cerca ya de la otra orilla, se tuvo por abandonado. Quiso retroceder, con la esperanza de agarrarse á unas ramas de sauce que colgaban no lejos del punto en que él se arrojara... ¡Horrible momento! No podía nadar en ninguna dirección. Llamando á su garganta toda la energía que le quedaba, gritó: "Madre, Madre, me ahogo... Sálvame..." Pero la nereida iba ya lejos... Estaba de Dios, ó de la Madre, que *Asur*, hijo del Victorioso, no pereciese en el río, pues cuando mayor era su apuro, vió venir un deforme bulto y oyó voces de aliento. El bulto que hacia él navegaba era un barquichuelo, más bien balsa ó chalana. En ella iban dos hombres ó monstruos marinos, que dirigían la embarcación con una pértiga

que apoyaban en el fondo. "¡Eh, caballero!—gritó una voz marinera:—aguántese, que allá vamos."

Cuentan las historias conservadas en el archivo de los Franciscanos Descalzos de Ocaña, que *Asur* fué sacado del Tajo con un aparato de pesca que llaman butrón... y que la chalana le transportó á la orilla izquierda, donde fué arrojado como cuerpo exánime, y puesto boca abajo, echó por ésta considerable cantidad de agua. Hiciéronse cargo de él unos hombres vestidos de túnicas rojas, que le llevaron á cuestras por tierra cenagosa, hasta llegar á una casa que en su ingreso parecía de labor, más adentro vivienda suntuosa de un rico hacendado campesino. Por de pronto, metiéronle en un aposento donde había chimenea ó cocina, bien provista de lumbre que alimentaban troncos y raíces de olivo. Frente á ésta pusieron á Gil, que al dulce calor volvió de su asfixia; y despojado de sus ropas viejas que se podían torcer, y fuertemente sacudido de estrujones y friegas, le vistieron de nuevo con prendas interiores finísimas. Luego le calentaron por dentro con un vino blanco manchego que resucitaba á los difuntos, y el hombre se encontró en la plenitud y goce de su sér. Llegó al colmo su sorpresa cuando los benéficos hombres, que más bien parecían fantasmas, le endilgaron una roja túnica de damasco como la que ellos gastaban... Los tragos de vino desataron en Gil la locuacidad. Preguntó dónde estaba, y por qué le vestían con aquel elegante ropón colorado. Pero los graves sujetos no le respondieron palabra. Una sonrisa y el



dedo en la boca eran, sin duda, el lenguaje usual y corriente en aquella morada del buen callar.

Hallábase, pues, el asendereado caballero en una nueva esfera de la vida de encantamento, que de las anteriores se distinguía por la mudanza de las formas de rusticidad y pobreza en formas de elegante pulcritud. Un rato tardó en hacerse cargo de su indumentaria. De medio cuerpo abajo, su empaque era calzón corto, media negra de seda, zapato de charol con trabilla, al uso de clérigo presumido; en el cuerpo, camisa de vuelillos y chaqueta de terciopelo con haldetas; sobre todo esto, la túnica roja sujeta á la cintura con faja del mismo color. Apenas hubo terminado de reconocer su atavío, los silenciosos compañeros, vestidos como él, le guiaron por señas hacia otras estancias amuebladas con ricos vargüenos, tapiques, credencias y otras lindas antiguallas, que vagamente se distinguían á la tímida luz de arcáicos velones.

Llegaron á un ancho comedor, con mesa dispuesta para magnífica cena de veinte ó más cubiertos. En la cabecera estaba sentada la Madre, ya restituída en su soberana belleza y majestad. Quedó Gil pasmado de verla, y no pudo contener las demostraciones de su respeto y admiración. La dama, risueña, le impuso silencio llevándose el dedo á la boca. Vestía túnica blanca de finísima tela con pliegues estatuarios; adornaba su seno con frescas rosas coloradas y amarillas; sus cabellos, recogidos con suprema elegancia, conservaban la nítida blancura, y su rostro, de infinita belleza y gra-

cia, era la imagen de la dignidad concertada con dulce y afable alegría.

Sentóse Gil en el sitio que le indicaron. Tres comensales había entre él y la izquierda de la Madre. A la derecha de ésta se sentaba un caballero anciano, de faz noble y escualida, de barba gris puntiaguda, tipo tan exacto del Greco, que por un instante se dudaría si era real ó pintado. Su vestido en nada se diferenciaba del de los demás. La mayor rareza de aquel recinto era que los comensales y los que servían la mesa llevaban el mismo uniforme, ya descrito, de la roja sotana. En aquel palacio del silencio no había criados ni señores. Todos, fuera de la soberana Madre, eran lo mismo. Tan sólo el prócer de macilenta faz ostentaba cierto aire de indefinible principalía. Recordando el cuadro del Greco, Gil le bautizó con el nombre de *Conde de Orgaz*.

La cena de que participó el caballero fué de la más genuína culinaria española: especiosos guisos, estofados y pepitorias; frutas, miel entre hojuelas, suplicaciones y cañutillos; vinos de Esquivias y Yepes. A la Madre asistían dos servidores colocados tras ella: el uno era copero; el otro le mudaba las viandas, y al terminar le sirvió el aguamanil. Advirtió *Asur* cierta modernización en el estilo de comer. Hacía los platos, en la cola de la mesa, un maestresala que poseía la virtud de adivinar la porción correspondiente al gusto y apetito de cada uno. Como allí todo era contrario al orden natural de las cosas, los comensales no hablaban, ni los cuchillos y tenedores de plata hacían ruido alguno sobre la finísima porcelana de los

platos... Acabóse al fin el mágico banquete, que Gil diputó como aparato dispuesto por el sabio Merlín ó por los mismos demonios.

Sin cháchara de sobremesa ni nada parecido, levantóse la Madre, á todos hizo afable reverencia, y se retiró por la puerta más próxima, cuyo tapiz levantó el fantasma copero. Siguió-la el *Conde de Orgaz*, y otros que algo se asemejaban á creaciones del Greco por sus místicos rostros... Desaparecida la Señora, se descompuso el comedor, hundióse la mesa, voló la vajilla, extinguiéronse las luces, y los rojos duendes se iban filtrando por las paredes sin decir *Jesús ni buenas noches*.

Desconsolado y tristísimo quedó el buen Gil viendo que la Madre partía sin decirle tan siquiera *por ahí te pudras, hijo*... Las interesantes crónicas de Ocaña no entran en pormenores de cómo pasó el caballero la noche, ni de sus atontados pasos en aquel laberinto. Sólo consignan que durmió en cama limpia y blanda, y que al siguiente día salió de su estancia vestido con el propio uniforme que le endilgaron al sacarle del río. En el comedor encontró abundante desayuno, y dos, tres ó cuatro compañeros de cautiverio que le hablaron con el puro lenguaje de los ojos. A fuerza de aplicación, iba penetrando los secretos de aquel extraño idioma... Ya comprendía los signos elementales... pronto podría dar y recibir la expresión de las ideas más comunes... acabaría por dominar la mágica sintaxis hasta sostener una conversación larga y sutil.

Reconoció después el edificio, que era extensísimo, todo en planta baja, y de estructura

circular. Corriendo de sala en sala, se volvía en veinte minutos al punto de partida. No se conocían allí las escaleras, no se encontraba un solo peldaño. Los pasos no producían ningún rumor sobre un suelo en que los baldosines lustrosos eran como blanda y muda felpa... Andando, andando, salió el caballero á un jardín, cuyo piso enteramente plano estaba exactamente al nivel del de las habitaciones. Las plantas de aquel jardín parecían de cristal, y sus lindas flores no exhalaban ni el más leve aroma. Ningún airecillo las acariciaba. El ambiente era quieto y callado, de una opacidad semejante al vapor de agua. Los términos lejanos se perdían en la pesada atmósfera de agua y leche mezcladas. No había sol... La luz que alumbraba el jardín y la casa era luz pasada por invisibles cedazos de agua. También el jardín era circular, rodeando la casa. Lo limitaba, por la parte contraria á ésta, una lisa pared de esmerilada substancia dura. Pensó Gil que aquel mágico recinto radicaba en las honduras del Tajo, ó era reproducción del que visitó don Quijote al descender á la cueva de Montesinos.

Por entre los floridos arbustos del jardín vió Gil algunos compañeros duendes, que aburridos vagaban sin formar grupos ni hablar unos con otros. "O esto es una redoma de peces—se dijo,—y yo uno de tantos pececillos colorados, ó he descendido á un limbo de cartujos pisciformes, erigido en aguas del Leteo." Buscando alivio á su fastidio inmenso, volvió del jardín á la casa, y recorriendo á la ventura las habitaciones, pensaba que tal vez habría en alguna de ellas biblioteca donde los peces pudieran

engañar el pausado tiempo con lecturas amenas. Vió trípticos, tapices, papeleras; libros no parecían en parte alguna. Divagando fué á dar en una estancia recogida y misteriosa situada en el centro del edificio, donde lucían armaduras en maniqués, panoplias bien surtidas de espadas y pistolones; y cuando examinaba con ojos de aristócrata estas riquezas, resbalaron sus miradas hacia un espejo, en el cual le sorprendieron resplandores extraños, seguidos de un ir y venir de sombras ó sombrazos que en la superficie del cristal se movían. La distraída atención del caballero quedó presa en aquel fenómeno, con la idea de que el espejo no reflejaba lo externo, sino que á su cristal traía luces é imágenes de su propia interioridad mágica... Estando en estas dudas ó sospechas, advirtió que de las oscilaciones de luz y sombra se determinaba una figura, y mirando, mirando, toda el alma en los ojos, llegó á ver tan claro como la misma realidad el rostro de Cintia.

Prorrumpió Gil en gritos de alegría llamando á su mujer, cual si estuviera en la estancia próxima. En el cristal plantó sus dos manos creyéndolo puerta vidriera que podía ceder al impulso. Pronto se hizo cargo de que se hallaba en presencia de un fenómeno igual al de la casa de Becerro en Madrid. "¿Eres tú mi Cintia—le dijo;—tú en persona, ó eres pintura mentirosa con que estos duendes rojos quieren burlarme?"

—Yo soy—replicó ella con divina sonrisa, mostrando en completa claridad su persona de medio cuerpo arriba.—No esperabas que nos

viéramos. Yo, sí. Hace días que me lo decía el corazón. No sé cómo puede ser el que nos veamos... y que hablemos... Misterio es que penetremos algún día."

Y él exclamó: "Por tu vida, Cintia, dime dónde estás, si lo sabes. Yo te juro que no sé dónde estoy... A lo que ella respondió con franca risa: "Anoche, antes de dormirme, te ví dentro de una redoma de peces. Eras un lindo pececillo rojo, y nadabas airosamente entre otros del mismo color."

—Pues no veías más que la verdad; que si esto no es una pecera, es cosa muy parecida. Para mí, que vivo en una encantada mansión en las profundidades del Tajo. ¿Ves la funda colorada que me han puesto?"

—Ya te veo, sí: estás muy guapo; y á mí, ¿me ves con mi vestidito de percal y este delantal tan majo que me he hecho yo misma?"

—Eres un sol de hermosura, Cintia de mi vida. Todas las diosas del Olimpo son caricaturas comparadas contigo. Siento una pena horrible por no poder abrazarte y darte mil besos. Pero no me has dicho... ¿Estás en Sigüenza?"

—Sí, hijo mío: ¿dónde querías que estuviese? Vivo, y vivo muy bien con la madre de Regino, en el Colegio de San Antonio. Por cierto, Gil, que debo desengañarte... Con pocas palabras limpiaré tu corazón de rencores injustos. Atiende á lo que te digo: Regino es un caballero. Créelo ciegamente... De su madre ¿qué puedo decirte? Cuantos elogios de ella hiciera yo no llegarían á lo cierto. Vivo en completa tranquilidad, sin otra pena que tu

ausencia. El cariño y el respeto de todos me hacen llevadera esta situación, que espero ver pronto terminada. Si en los primeros días me molestó un poquito el enfadoso don Ramiro Gaitón, Regino supo espantarle gallardamente, y el importuno señor ya no me manda recados ni cartitas.

—¡Ay, Cintia del alma! ¡qué consuelo me das con lo que acabas de decirme! No es consuelo tan sólo: la vida me has dado. Creo en tí como en Dios, y no necesito saber más para devolver á Regino mi estimación. Otra cosa: vives tranquila y sin enojos; pero sobre tu alma pesará el tiempo: tendrás días de plomo, horas de mortal fastidio...

—Así es, marido mío. Ultimamente he combatido el tedio gracias á unos cuantos niños de esta vecindad, con los cuales he formado una escuelita, la más meritoria distracción que pudiera imaginar. Visitas no vienen aquí, ni yo las admito. Pero de algunos días acá tengo un entretenimiento y una compañía que son muy de mi agrado. Vas á verlo, Gil. No quiero dilatar más la sorpresa que pensaba darte..

Diciendo esto miró al suelo la linda mujer, y en el mismo instante saltó á su brazo, y del brazo al hombro, un vivaracho animalejo. Era la ardilla de Cíbico.

“Mira, *niña*; mira al cristal: ¿no ves á Gil?.. díjole Cintia acariciándole el rabo. Fijóse el animal, y viendo lo que se le señalaba, hizo con las patitas delanteras y el hocico unas muecas y garatusas muy monas, saludo al amigo no visto en tanto tiempo.

Contestó Gil con risas y bromas cariñosas

á la salutación de la bestezuela, y luego quiso saber cómo había venido á tales manos. La historia no podía ser más sencilla. Disputábanse una tarde dos monjitas del Convento de Almazán sobre cuál tenía más derecho á jugar con la ardilla. Una quiso arrebatársela tirándole de una pata; otra la cogió por el pescuezo, y en esta porfía, el atormentado animalito mordió á una de ellas en un dedo y le hizo sangre. Puso el grito en el cielo la monja herida; alborotóse la comunidad, dividiéndose en dos bandos clamorosos, y para poner fin al escándalo, la madre Piora determinó cortar por lo sano, regalando el cuerpo de discordia á un canónigo de Sigüenza que aquel día fué á predicarles un sermón. Cargó el reverendo con el bicho, y al regresar á su pueblo obsequió con él á una señora rica y beata, de cuyas manos pasó á las de la madre de Regino. Los biógrafos de Cíbico refieren que la tal dama santurróna, doña Angela Conejo, hermana de don León Conejo, escribano en Molina de Aragón, tenía parentesco con Bartolo, y estaba al corriente de sus locos afanes en busca de la preciosa *niña*. De aquí vino el depositarla en el Colegio de San Antonio, mientras parecía *Corre-Corre*, á su vez perdido en la divagación mercantil por Brihuega ó Cifuentes.

Contó Cintia estas menudencias á su marido, el cual se holgó mucho de oírlas. Después de esto, propuso Gil á su mujer que aproximaran sus caras al cristal, por una parte y otra, para besarse cuanto quisieran. Pero intentado el contacto, no pudo realizarse porque el espejo era un medio de comunicación tele-

pática extraño á la física que conocemos y gozamos en nuestra limitada ciencia. Cuando aproximaban al cristal sus amantes bocas, las imágenes se desvanecían. Maldijeron ambos la insuficiente virtud del sortilegio, y como Cintia manifestase, dolorida, que á su fin tocaba la conferencia (sabíalo por la íntima voz del alma, que en aquellas vegadas era la inspiración de todos sus pensamientos), no quiso Gil que las imágenes se borraran sin hacer á la de Cintia esta advertencia importante: "Si Regino, si cualquiera otra persona te dijese que me han fusilado, no lo creas. Vivo estoy, alma mía. Me pasaron por las armas... pero como si no... ¿No lo entiendes? Yo tampoco... Ya te lo explicaré. ¡Ay, cuándo acabará esta vida prisionera, esta vida de purgatorio, desencajada de la vida común!

—Ya se acerca el fin, ya está próximo el resucitar...—murmuró la bella mujer, apagándose.

¡Preciosa luz, cuyos últimos destellos eran sonrisas! Extinguida ya la imagen, aún sonreía en la profunda obscuridad.

## XXVI

Del encuentro que tuvo Asur con otro aristócrata, y de lo que hablaron por señas previniendo su desencanto.

Consolado quedó el caballero con la visión de Cintia; pero su alma seguía tropezando en las tristezas que bordan el camino de la esperanza... El resto de aquel día y los siguientes, con sus larguísimas noches, pasó divagando en salas desiertas, ó en el jardín de cristalinas flores sin aroma. Entre los fantasmas, duendes ó pececillos que eran sus aburridos consortes en el fluvial presidio esmerilado, distinguió á unos cuantos, que á menudo se producían en el mudo lenguaje mímico piscilógico. Y entre estos pocos, se singularizó uno que le inspiraba simpatía cariñosa, y era más expresivo y más inteligible que los demás. Aconteció que á los tantos ó cuántos días (la cifra de días se ignora), le tuvo ya por amigo, y entreteniéndose ambos en el ejercicio de muecas, ojeadas y garatusas, empezó el cautivo á iniciarse en el parloteo redomil: de allí á la posesión del tal idioma no había ya más que un paso. Con entender al amigo y poder contestarle repitiendo los signos que fácilmente se asimilaba, la vida del caballero fué menos ingrata y sus horas menos soporíferas.

Llegaron á entablar larguísimas conversa-